Casa de citas o camino de perfección

Una selección de S.M.B.

En una época así, qué soledad no sentirá el que no siente apego sino a las cosas del espíritu. ¿Para quién escribirá cuando, en medio de los gritos y los ladridos políticos, los oidos se hayan vuelto sordos a las delicadas medias tintas? […] ¿Dios mío, qué instintos tan bestiales se desencadenan en tu Nombre! No, el mundo no tiene ya sitio para la libertad del corazón… ¡Muérete tú también, Erasmo!

Stefan Zweig: *Erasmo de Rotterdam.*

Hay que preguntarse una y otra vez qué ha pasado para que, a partir de la década de los ochenta, haya habida tanta unanimidad entre los expertos, sus *think tanks* y muchos medios de comunicación para imponer la extravagante idea de que las lecciones de la historia ya no cuentan, que cada sociedad no era más que arcilla modelada por las leyes de la economía, y que la revolución tecnológica y de mercado iban a disolver las diferencias entre las naciones y los ciudadanos.

Joaquín Estefanía: *Aquí no puede ocurrir.*

¿Y si Oscar Wilde tiene razón y no hay verdad más profunda que la apariencia? ¿Se puede ser aburrido y normal no solo en la superficie, sino también en lo más hondo, y aun así ser artista? ¿Es posible, por ejemplo, que T. S. Eliot fuera en el fondo un aburrido y que su afirmación de que la personalidad del artista es irrelevante para su obra no fuese más que una estratagema para ocultar su sosería? Es posible, pero no lo cree. Si la cuestión se reduce a elegir entre creerse a Wilde o a Eliot, siempre creerá a Eliot. Si Eliot elige parecer aburrido, elige vestir traje y trabajar en un banco y llamarse a sí mismo J. Alfred Praufrock, tiene que ser un disfraz, parte de la malicia que el artista necesita en la era moderna.

J. M. Coetzee: *Juventud.*

Aquí la cuestión clave radica en una sociedad para la que los conocimientos o vivencias en profundidad resultan cada vez más prescindibles, problema que empieza en la enseñanza primaria y acaba en la misma universidad, unos modelos docentes basados en la atiborrada dispersión de menudencias impartidas también en medio de la masificación. Entonces, la mayoría de la población, al fin, sabe aproximadamente idénticas cosas y a un nivel semejante, con lo que cada dos o tres días nos encontramos con que todos nos vamos diciendo lo mismo sobre la vida y las ideas a tenor del dictado de la actualidad y de las interpretaciones con que nos es servida.

Baltasar Porcel, *La Vanguardia*, 25 de abril de 2004.

Un espectro recorre Europa: el del crimen organizado. Desde hace más de dos siglos en nuestro continente existen sociedades democráticas regidas por normas libremente aceptadas. Hoy las amenaza la ruina por culpa de los señores del crimen organizado. Los cárteles del crimen constituyen el estadio supremo y la propia esencia del modo de producción capitalista. Se benefician en gran medida de la deficiencia inmunitaria de los dirigentes de la sociedad capitalista contemporánea. La globalización de los mercados financieros debilita el Estado de derecho, su soberanía, su capacidad de respuesta. La ideología neoliberal que legitima —pero aún: que «naturaliza»— los mercados unificados difama la ley, debilita la voluntad colectiva y arrebata a los hombres la libre disposición de su destino.

Jean Ziegler: *Los señores del crimen.*

La principal preocupación de la mayoría de los intelectuales y escritores es cómo conseguir que te paguen por lo que te gusta hacer. Creo que, en su inmensa mayoría, aceptarían dinero procediese de donde procediese.

Donald Jameson, 1994, citado por Frances Stnor Saunder, *La CIA y la guerra fría cultural.*

Los seres como yo deben acostumbrarse a la soledad. Y, cuando uno se queda solo, lo único que puede hacer es estudiar.

I. B. Singer: *Los fuertes* (relato dentro de *Un día de placer).*

Para entonces [1914], todo el mundo tenía claro que los valores artísticos del siglo XIX se habían venido abajo, que se había iniciado una nueva tradición artística y que un vivo deseo de producir un nuevo tipo de arte para el siglo XX encontraba amplio eco. El que este vivo deseo se manifestase en concepciones de las que unas eran geniales y fecundas, en tanto que otras eran necias y estériles, era algo que importaba poco.

Douglas Cooper: *La época cubista.*

Me haces pensar en esos sociólogos que se imaginan que el culto a la juventud es una moda pasajera que nació en los años cincuenta, y que conoció su apogeo a lo largo de los años ocheta, etc. En realidad, el hombre ha estado siempre aterrorizado por la muerte, nunca ha podido enfrentar sin terror la perspectiva de su propia desaparición, ni siquiera de su propio declive. De todos los bienes terrenales, la juventud física es sin duda el más precioso; y hoy día sólo creemos en los bienes terrenales.

Miche Houellebecq: *Las partículas elementales*